

LA MIRADA DE UN CLÉRIGO ILUSTRADO EN LA SALAMANCA DEL SIGLO XVIII. NORBERTO CAIMO

LAUREANO NÚÑEZ GARCÍA*

RESUMEN: En la segunda mitad del siglo XVIII asistimos a un florecimiento de la literatura de viajes en Italia, generalmente adoptando la forma del relato epistolar. Un ejemplo excelente de este tipo de literatura lo encontramos en la obra *Lettere d'un viaggiatore a un suo amico (Cartas de un viajero a un amigo)* de Norberto Caimo, clérigo lombardo de espíritu ilustrado que recorrió Europa y España admirando las obras de arte y censurando las costumbres que consideraba contrarias a los nuevos aires reformadores del siglo. Las páginas dedicadas a su visita a Salamanca, en octubre de 1755, constituyen un magnífico testimonio de cómo se presentaba la ciudad a los ojos de un viajero foráneo, que admira el arte custodiado en iglesias y conventos o la perfección de la Plaza Mayor, pero es crítico hasta el sarcasmo cuando describe el estado de decadencia de la institución universitaria o la influencia de una iglesia en exceso tradicionalista en la ciudad.

ABSTRACT: In the second half of the 18th century, travel literature flourished in Italy, generally taking the form of an epistolary tale. An excellent example of this kind of literature is the work *Lettere d'un viaggiatore a un suo amico (Letters from a Traveller to his Friend)* by Norberto Caimo, the Lombard clergyman with an enlightened spirit who travelled Europe and Spain admiring the works of art and censuring the customs he felt ran contrary to the new reforming atmosphere of the century. The pages devoted to his visit to Salamanca, in October, 1755, are a magnificent testimony of how the city was perceived by a foreign traveller, who admires the art held in its churches and convents and the perfection of the Main Square, but is critical to the point of sarcasm when he describes the state of decadence of the university, or the influence of an excessively traditional Church on the city.

PALABRAS CLAVE: Norberto Caimo, Salamanca, literatura de viajes, siglo XVIII, Ilustración, Universidad de Salamanca.

* Universidad de Salamanca.

La ciudad de Salamanca no fue nunca una meta particularmente frecuentada para los escasos viajeros italianos que durante el siglo XVIII se adentraron en nuestro país con el ánimo de conocerlo y de describirlo: demasiado a trasmano para quienes, ya alcanzado el oeste de la Península Ibérica, seguían rutas que o bien finalizaban en Valladolid o bien seguían camino hasta Lisboa pasando por Madrid y Badajoz. Y, sin embargo, uno de estos escasos viajeros italianos que hasta Salamanca se acercaron, el fraile milanés Norberto Caimo, ha dejado unas curiosas y reveladoras páginas de la vida y de la realidad salmantina hacia mediados de siglo; también de la mentalidad con la que el viajero contempló la capital charra, es decir, desde la perspectiva de un literato-viajero ilustrado.

Poco sabemos de este enigmático clérigo lombardo, excepto que pertenecía a la Congregación de San Jerónimo (congregación que pocas décadas más tarde sería suprimida en los convulsos años de la presencia napoleónica en Italia) y que la mayor parte de su vida la dedicó a viajar y a apreciar las obras de arte, fundamentalmente pictóricas, que iba encontrando en su camino. La experiencia de estos viajes la recogió en los cuatro volúmenes de su obra más conocida: *Lettere d'un viaggiatore a un suo amico (Cartas de un viajero a un amigo suyo)*¹.

La publicación de la obra todavía hoy sigue envuelta en algunas ambigüedades e incertidumbres, empezando por la fecha exacta de su publicación pues los dos primeros volúmenes aparecieron sin fecha en 1759 o quizás 1760, el tercero en 1764 y el cuarto y último, con el título de *Osservazioni fatte da un Viaggiatore in alcuni Paesi d'Europa (Observaciones hechas por un viajero en algunos países de Europa)* en 1767. Además, la ciudad en la que se publicó, Milán, se esconde bajo el nombre de Pittburgo pero el volumen primero y cuarto vieron la luz por primera vez en Lucca. Por si esto no fuera suficientemente insólito, el nombre del editor no se cita explícitamente y toda la obra, escrita en forma epistolar, está dirigida a un destinatario (Messer Girolamo Cardano) que además de tener alteradas sus facultades mentales, ya había fallecido.

Aun así, la obra *Lettere d'un viaggiatore a un suo amico* se nos presenta como un ejemplo emblemático de lo que fue la literatura de viajes en la cultura italiana y europea en la segunda mitad del siglo XVIII y su relación con España, y en este caso con Salamanca, como destino del viaje.

Para comprender el contexto en el que se escribió esta obra no estará de más recordar que el siglo XVIII se caracterizó por una profunda renovación cultural que

1 La obra no ha sido nunca traducida completamente al español. Sin embargo, se puede encontrar una significativa selección y traducción de sus textos (a la que nosotros nos remitimos) en la monumental obra de José GARCÍA MERCADAL: *Viajeros extranjeros por España y Portugal (1952-1962)*. La Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León ha realizado en 1999 una nueva edición en seis volúmenes, siendo el tomo cuarto el que recoge el viaje de Norberto Caimo a Salamanca (pp. 828-833). Así mismo, Agustín GARCÍA SIMÓN, en *Castilla y León según la visión de los viajeros extranjeros (siglos XV-XIX)*. Consejería de Cultura de la Junta de Castilla y León, 1999, incluye una selección de los textos de Caimo referidos a Salamanca (pp. 186-192), pero más reducida que la de Mercadal y remitiéndose a su traducción. Lo mismo ocurre con la obra de Jesús MAJADA NEILA y Juan MARTÍN MARTÍN, *Viajeros extranjeros en Salamanca (1300-1936)*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 1988, pp. 114-119.

aspiraba a iluminar, a la nueva y más fiable luz de la razón, todo el horizonte del mundo contemporáneo. La búsqueda de una cultura universal que hiciera desaparecer las barreras entre las culturas de los distintos países favoreció los intercambios internacionales y la curiosidad por conocer otros lugares y otras formas de comportamiento humano, imprimiendo un carácter eminentemente cosmopolita al siglo. Si a esto le añadimos la renovada expansión del mercado editorial, dirigido a un público cada vez más numeroso y ávido de nuevas formas de comunicación literaria, se hace aún más fácil comprender el éxito de nuevos tipos de géneros literarios, como la novela, los libros de memorias y, precisamente, los libros de viajes.

Sin duda en el siglo XVIII se afianzó la literatura de viajes como no había sucedido en épocas anteriores, tanto por la cantidad de obras publicadas como por la variedad de sus contenidos, pero al menos en el caso de la literatura italiana habría que matizar entre la producción de la primera mitad del siglo y la segunda. Y ello porque hasta la primera mitad del siglo los viajeros italianos que entraron en contacto con otras realidades geográficas (y lo que es más importante, dejaron memoria escrita de ello) fueron cuantitativamente muchos menos que en la segunda mitad y los destinos elegidos, generalmente ligados a tradicionales motivos comerciales o religiosos, más exóticos y lejanos². Otra cosa bien distinta es lo que ocurrió en la segunda mitad del siglo. Junto al reducido grupo de viajeros que continuaron explorando remotas regiones y países, se multiplicaron los viajes por el interior de Europa. Destino privilegiado de estos viajes fueron lógicamente aquellas naciones que como Francia o Inglaterra abanderaban el nuevo clima de libertad cultural de un siglo inquieto y reformador; pero también, aunque en menor medida, aquellos países que como España, Rusia o Portugal libraban una más dura batalla contra las fuerzas todavía muy poderosas y arraigadas del tradicionalismo y el conservadurismo. Los mismos estados italianos, que deberán esperar aún más de una centuria para su unificación, se encontrarían en este segundo grupo.

Pero el viajero italiano que emprende su marcha por Europa se siente fundamentalmente ávido de ver y conocer otros lugares y formas de vida. Lo importante es viajar y relatar lo visto. Y precisamente otra característica que distingue la literatura de viajes italiana de la segunda mitad del siglo en comparación con la primera mitad y más aún con la del siglo anterior, es su tendencia a ser más exacta y concreta en la observación y descripción de los lugares que visita, superando prejuicios y la tradicional desconfianza con la que a menudo el viajero contempla una realidad nueva.

En este contexto histórico y literario debemos situar la obra y la figura de Norberto Caimo y la interesante descripción de su visita a Salamanca.

Objetivo fundamental del viaje de Caimo a España fue el de satisfacer una curiosidad genuinamente ilustrada por conocer nuestro país y, al mismo tiempo, examinar personalmente el rico patrimonio pictórico que en él se conservaba. Caimo era un

² Véase el estudio introductorio de Leonello VICENTINI en su *Viaggiatori del Settecento*. Torino: UTET, 1968, p. 11.



Litografía de la Plaza Mayor de Salamanca que visitó el clérigo Norberto Caimo a mediados del S. XVIII

ferviente admirador de las Bellas Artes y muy especialmente de la pintura, como él mismo deseó hacer constar en el subtítulo de su obra: “Viaje de España hecho en el año de 1755. Con notas históricas, geográficas y críticas y un índice razonado de los cuadros y las pinturas de Madrid, de El Escorial, de San Ildefonso, etcétera”.

Este interés de Caimo por la pintura española es un elemento importante para comprender el juicio y la atención con el que a menudo los viajeros extranjeros contemplaban nuestro país. Si es verdad que la mirada de estos viajeros solía recoger con estupor, desdén y no poco sarcasmo las imágenes de una España atrasada, supersticiosa y tosca (y la de Caimo también lo fue), no es menos cierto que el juicio era diferente cuando se entraba a valorar el arte que iban descubriendo en todas las ciudades. Y en este sentido Norberto Caimo fue uno de los primeros viajeros europeos que reivindicó con énfasis las Bellas Artes de nuestro país y muy especialmente la pintura³.

³ Sobre la literatura de viajes en la segunda mitad del siglo XVIII y su interés por el arte español véase el interesante y esclarecedor artículo de CRESPO DELGADO, Daniel. “De Norberto Caimo a Alexander de Laborde. Las Bellas Artes nacionales en la literatura extranjera de viajes por España en la segunda mitad del siglo XVIII”. En *Anales de Historia del Arte*, 11, 2001, pp. 269-290 y SORIANO, M.^a Enriqueta. *España vista por historiógrafos y viajeros italianos (1750-1799)*. Narcea, 1980.

Por las informaciones que el propio Caimo nos facilita, su visita a Salamanca tuvo lugar entre el 24 y el 30 de octubre de 1755, durante el reinado de Fernando VI. Todo lo referido a su viaje y estancia en Salamanca está recogido en la carta número diecisiete del libro. Como señalamos anteriormente, la obra del fraile milanés está escrita en forma epistolar, que fue el género dominante en la floreciente literatura de viajes dieciochesca en Italia, pues de este modo la implicación del autor, el lector y el tema tratado se llevaba a cabo de manera más directa. Además los libros de viajes escritos en forma epistolar aseguraban una serie de ventajas adicionales que, bien aprovechadas, hacían más atractiva la lectura. Así, por ejemplo, el encabezamiento y el cierre de las cartas, tal como hace Caimo, fija el espacio y el tiempo en el que se escribe la misiva, mostrando una organización de la escritura en forma de diario y confiriéndole un mayor realismo. Por otro lado, la forma epistolar concede a Caimo una mayor libertad a la hora de tratar los temas, que pueden ir desde la descripción de lugares y personajes, a la exposición de estados anímicos u opiniones personales. La forma epistolar le permite además adoptar un punto de vista más familiar e informal desde el cual contar la experiencia viajera, con una entonación más irónica, e incluso autoirónica, llena de efectos cómicos y en algunos momentos decididamente sarcásticos.

Todo lo expuesto hasta aquí se puede comprobar fácilmente en esta interesantísima Carta XVII de las *Lettere di un viaggiatore a un suo amico*.

Empieza el texto disculpándose ante el real (o ficticio) destinatario de sus misivas por el hecho de que últimamente sólo le hubiera hablado de conventos, iglesias y arte religioso, pero eso era lo único significativo que había encontrado en Castilla la Vieja, lo que era una queja muy habitual en los relatos de otros viajeros foráneos que recorrían esta región. Critica después la poca inclinación de los castellanos para la conversación y lo relegada que permanecía la mujer en los hogares. Estas críticas eran también muy propias de una mentalidad ilustrada como la de nuestro viajero, consciente de hallarse en un siglo en el que el placer de la conversación (erudita o frívola) estaba considerado como uno de los pasatiempos más civilmente educados. Pasa después a narrar su salida de Valladolid camino de Salamanca, trayecto en el que empleó dos días, teniendo que hacer noche en Nava del Rey. En esta última localidad entabla conversación con el procurador de un convento que dará pie a una interesante disertación sobre la calidad de los vinos españoles, cuya riqueza y diversidad confirman la importancia que la cultura del vino ha tenido desde siempre en los países mediterráneos como España e Italia.

CARTA XVII

IAS CONVERSACIONES DE ESPAÑA. SALIDA DE VALLADOLID. LLEGADA A SALAMANCA. SUCIEDAD DE ESTA CIUDAD. EL EDIFICIO DE LA UNIVERSIDAD: SU REPUTACIÓN. EL MÉTODO DE ENSEÑANZA. CEREMONIA DE DOCTORADO. LAS CABELLERAS DE SANTIAGO. TESIS DE TEOLOGÍA DEDICADA A NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED.

No os quejéis de mí, señor, poco contento de que, en la mayor parte de mis cartas, no os hable casi sino de conventos, de iglesias y de cuadros de devoción o de otras cosas semejantes poco hechas para usted, que, por gusto, gustáis de entreteneros y por instruiros en cosas que relacionan con la sociedad civil. Pero... ¿qué otros objetos encontraría para presentaros viajando por Castilla la Vieja? Sé que os complacerá el daros cuenta de los usos y de las maneras practicadas en las compañías y en las conversaciones de los castellanos y de sus diversiones, tanto en la ciudad como en el campo. Pero de buena fe, ¿cómo querer hallar conversaciones en un país donde han perdido hasta el nombre? Váyase a cualquier casa, aun de las primeras de la ciudad, se diría una gruta o una morada encantada, en la que con trabajo, a favor de una débil claridad de una lámpara hundida en el rincón de un cuarto, se puede distinguir al que se habla, y si hay señoras, acurrucadas casi siempre sobre esteras, como las sibilas sobre sus trípodes, apenas si os dejan escapar algunas palabras como oráculos a través de los Ave María de su rosario, que recitan, mientras los hombres están bostezando ante ellas, extendiendo los brazos. Si, por azar, tratan un asunto serio, pronto se acaba por alguna bagatela de devoción, y el pobre extranjero no sabe qué decir.

Más sin disminuir nada el mérito de la devoción, ¿no es esa manera de conversar la más desagradable que se puede imaginar? Decid usted mismo si me es posible extraer nada satisfactorio para contaros. Estoy seguro de que, sabiendo cómo usted es, sufriríais mucho en una sociedad en la que los otros no ponen nada suyo para complacer. Consiguientemente, no puedo más que lanzarme sobre otra cosa y sobre los objetos materiales, pero, sin embargo, dignos de vuestra atención, como las iglesias y los conventos, que existen en gran número, riquísimos, y de los que los españoles sacan muchas ventajas para lo espiritual. Es cierto que muchos se quejan de que hay demasiados, que su número es excesivo y de que de ahí viene en gran parte la despoblación y la esterilidad que hacen de España un país tan triste. Sería de desear el que viniese un príncipe que, con decisión y firmeza, hiciera uso de su poder para establecer buenos reglamentos y ordenar las cosas de manera que en todos los cargos, todos los empleos, hubiese personas capaces, dotadas de los talentos y cualidades necesarias para desempeñarlos y desterrar la ociosidad, la ignorancia y la beatería, que triunfan con un gran perjuicio de la nación. Tales son las quejas que oigo en cada momento.

He salido de Valladolid el 23 de octubre para dirigirme a Salamanca, en el reino de León, deseando ver su universidad, que es tan famosa. Dos mulas y un burro para llevar mi equipaje, a falta de no poder encontrar dos, han compuesto

mi séquito en este viaje, que ha durado dos días, siempre a través de llanos muy hermosos, en donde he visto multitud de viñas cargadas de la uva más hermosa del mundo. Habiéndome detenido la primera noche en la posada de un lugar llamado Nava del Rey, he tenido la compañía del procurador de un convento, que había ido allí a hacer provisión de vino. Hablamos durante largo tiempo sobre las diferentes clases de vinos de España y especialmente sobre aquellos de que tanto caso hacen los extranjeros. Al principio me hizo un elogio de los vinos de España, tan largo, que creí que no acabaría nunca, y concluyó diciendo que tenían la aprobación de todos los entendidos, tanto antiguos como modernos. A continuación me preguntó qué vino había encontrado el mejor de todos los que había bebido en España. A lo que le respondí que, no bebiendo ordinariamente más que agua, no era un conocedor bastante bueno para tener sobre aquello un juicio seguro, pero que por lo que podía imaginarlo, después de los ensayos hechos en las diferentes provincias que había recorrido, el que más me había parecido mejor era el vino de Zaragoza. Me replicó que, en efecto, era muy estimado, pero que el de Huesca y el de Cariñena, que son también del reino de Aragón, no lo eran menos, que además, hacían mucho caso de los vinos de Valdepeñas, de San Clemente, de Solana, de Oreja, de Colmenar, de Chinchón, de Cigales, de Alaejos, de Arrendó, de Yepes y de Esquivias, en Castilla; del vino de Valbona y de la Malvasía de Sitjes, en Cataluña, del vino de Fuentelahiguera, de Alicante, de Benicarló y de Torrente, en el reino de Valencia; del vino de Cádiz, de Jerez, de Málaga, de Cazalla, de Montilla y de Lucena, en Andalucía; del vino de Peralta, de Azagra y de Cascante, en Navarra; del vino de Rivadavia, en Galicia, y de muchas otras especies de diferentes provincias; los unos blancos, los otros tintos, algunos claretos; también los que llaman aloques o, de otro modo, vinos pajizos, y una última clase que llaman Pedro Ximénez, del nombre de una especie de uva con la que lo hacen. Añadió que en todos esos vinos los había fuertes, suaves y dulces, varios que tienen el color y el sabor del moscatel, y todos tan propios para ser transportados de un mundo al otro, que en el transporte adquieren más bien la fuerza que la pierden.

Tan agradable disertación se interrumpió a causa de un acontecimiento inesperado. Al viajero italiano le llegó la noticia de que uno de los burros que cargaban con su equipaje había caído en una zanja con agua y había perecido. En el accidente todos los libros que cargaba se mojaron y su estado era más lamentable, nos dice Caimo, que cuando fueron maltratados por los empleados de la aduana a su salida de Italia por Génova. Y sobre este comentario no estaría de más recordar que entre los muchos peligros que aterrorizaban a los viajeros que recorrían el sur de Europa en aquella época, uno era el paso de las aduanas, y otro, el recelo que podían despertar entre los inquisidores, más aun si viajaban con libros.

Pero lo más llamativo en este fragmento del relato de Caimo es que el accidente del burro abre un episodio propiamente narrativo que pretende entretener al lector y llamar su atención, mientras que los poemas que le dedica al asno (“como agradecimiento a los servicios prestados”) pueden ser entendidos como

una broma literaria en la que se mofa del lenguaje poético de la tradición italiana y de la poesía arcádica que tanto éxito había cosechado en la primera mitad del siglo y tan denostada lo fue en su segunda mitad.

La disertación del procurador aún no había terminado cuando vinieron a anunciarme una noticia que me causó mucha inquietud y recibí, sin embargo, sin alterar mi rostro, según el sistema que me he hecho. La noticia era que el burro, que había quedado atrás a cierta distancia, al pasar por un tablón que había de través sobre un foso, había caído en el agua patas arriba y había puesto mi equipaje en lejía. Mis libros sufrieron por ello más que todo lo demás. Me los trajeron completamente mojados, chorreando agua, y mucho peor tratados que lo habían sido en Génova por los empleados de la aduana. Pero el mayor mal fue para el burro, que, habiendo caído desde lo alto y no habiendo sido auxiliado demasiado pronto, se encontró en las últimas cuando lo sacaron a la orilla del foso y expiró un momento después. Tanto por compasión de su suerte como por agradecimiento a sus servicios que me había hecho, le hice enterrar y le hice este epitafio:

Qui d'un pigeo Asinel reposan l'ossa
Che non uso a portar di libri el pondo
Cadde, e mori nella vicina fossa
Secco traendo tutti i libri al fondo.
Deh! Paisegier c'hái pizzicore, e possa
Di trascinar volumi per lo mondo,
non ti venga, per dio, la fantasia
Di mai fidare agli Asin libreria.

Me advirtieron que ese epitafio, estando en italiano, no sería corrientemente entendido, y por eso hice en español otro, que aquí está:

Aquí yace sepultado
un borrico desdichado
que cayendo en fatal rió,
pobrecito se murió
por traer libros atados
que quedaron bien mojados;
y por eso no llegó a ser
en Salamanca bachiller.

Me fue preciso buscar otro, y no me costó trabajo encontrarlo, porque a medida que me aproximaba a Salamanca resultan más corrientes, incluso he encontrado sobre el camino grandes bandadas, que me han sido muy cómodas por sus ataques de amor y los torbellinos de polvo que hacían levantar. Por fin he llegado a esa ciudad, la madre de las ciencias y de las artes, que ha engendrado grandes hombres en las más altas ciencias como héroes salieron antaño del caballo de Troya.

Caimo llegó finalmente a Salamanca. Pero por el tono irónico de su última frase ya podemos intuir que sus expectativas pudieron verse defraudadas, al menos en lo concerniente a Salamanca como prestigiosa ciudad de cultura. Por lo pronto, la primera impresión que recogió fue la suciedad que encontró en sus calles y su deficiente pavimentación. Es de suponer que, como todavía sucede hoy con los viajeros que visitan Salamanca, sus primeros pasos lo condujeran a la Plaza Mayor, cuya construcción había finalizado precisamente ese año de 1755 bajo la dirección del arquitecto Andrés García de Quiñones que se había hecho cargo de la obra tras la muerte de Alberto de Churriguera. La Plaza Mayor (como el Campo de San Francisco) fueron algunas de las obras emprendidas en aquellos años en un intento de dotar a la ciudad de áreas de esparcimiento básicas y modernas. Caimo quedó muy favorablemente impresionado de la visión de la Plaza Mayor, de la amplitud y de la regularidad con la que había sido llevada a cabo. Y así lo recoge en su libro.

La ciudad de Salamanca es tan sucia como todas las otras ciudades de España. Sus calles son también estrechas, mal pavimentadas, unas veces altas, otras bajas, a causa de las diferentes desigualdades del terreno; pero hay allí una plaza de las más bellas que haya en toda España. Está rodeada de casas soberbias, todas de igual altura, a excepción de la del corregidor; son de tres pisos, con balcones de hierro en cada piso, y debajo pórticos muy sueltos, que forman cien arcos, bajo los que están los retratos de los reyes de España en otros tantos medallones; algunos de esos arcos son como otras tantas puertas para entrar allí, estando a igual distancia y proporcionados; en una palabra, todo el conjunto forma como el patio del palacio de un monarca. No está hecha que desde hace poco tiempo y está destinada para la fiesta de los toros y otros espectáculos, según las circunstancias.

Si contemplar la Plaza Mayor llenó a Caimo de admiración, otra cosa muy distinta supuso para el viajero italiano su visita al edificio de la celeberrima universidad. De dimensiones más reducidas de lo que había imaginado, sucia y mal iluminada, sólo la magnífica biblioteca mereció el elogio del viajero. Pero lo más significativo de la impresión que Caimo recoge de la universidad es el estado de decadencia en que se encuentra la institución en comparación al lustre que tuvo en otras épocas, muy visible en la preocupante situación laboral y económica de los profesores y en la disminución de los estudiantes que cursaban sus estudios.

El edificio de la universidad no me pareció merecer todos los elogios que varios escritores le han prodigado a manos llenas, y sobre todo Salmon, que ha querido señalarse en ese punto por encima de todos los demás. El edificio está apretado, sus pórticos son toscos, las cátedras oscuras, y no se tiene más que una cierta limpieza. La biblioteca es espaciosa y muy dotada de esos libros que están llenos de misterios profundos y tan ocultos que solo a los doctores de Salamanca pertenece el penetrarlos. Puede haber allí setenta profesores, de ellos ocho regulares; a saber, dos benedictinos, dos dominicos, dos franciscanos y dos jesuitas,

que trabajan por el amor de Dios; los seculares tienen sueldos, los unos de mil ducados, los otros de quinientos. Hay también lectores que llaman pretendientes a cátedras; estos no tienen otra cosa que la esperanza.

Esta universidad ya no tiene hoy aquella gran reputación en la que estaba en otro tiempo. Hubo un tiempo en la que allí se contaron hasta quince mil estudiantes, ahora no hay mil y no sé cuántos tendrá dentro de algún tiempo. La causa de esa deserción es que, poco a poco, los españoles, volviendo de sus prejuicios, abjuraron los viejos sistemas, que se sostienen en ellos más por compromiso que por cualquier otra razón, incluso hay allí profesores que desapruueban altamente un método de enseñar que no sirve más que para llenar de tinieblas la inteligencia en lugar de aclararla.

Este último comentario de Caimo es enormemente revelador tanto del modelo de enseñanza que se practicaba en la Universidad de Salamanca a mediados del siglo XVIII como de la mentalidad del propio viajero que sabe que el siglo que ha adoptado la metáfora de la luz (la luz que debía barrer las tinieblas de la ignorancia) había encontrado un obstáculo difícil de remover en las venerables y arcaicas universidades españolas.

Invitado a una ceremonia de imposición del birrete de doctor a un fraile cisterciense, ni la obsoleta ceremonia y disertación del fraile ni el ramplón latín que escuchó fueron de su agrado.

He sido invitado una mañana a una ceremonia en la que debían dar el birrete de doctor a un fraile cisterciense. Comenzó por una larga procesión de frailes, que vinieron a la universidad en tono magistral, al sonido bastante desagradable de un tamboril de la figura de una marmita; cuando hubieron entrado en una sala grande que parecía un gran granero, el candidato debutó con un saludo en verso, en el que daba con profusión incienso a toda la asamblea, después de lo cual recitó una disertación sobre Nabuconodossor, en la que se trataba de saber si realmente se había convertido en bestia. Todo fue dicho en el latín usado en Salamanca, en verdad, no me quedé a oírlo hasta el final, queriendo hacer un mejor uso de mi tiempo yendo a ver lo que merece ser visto.

Decepcionado de la anticuada y prácticamente “medieval” ceremonia que acababa de presenciar en la institución académica, decidió visitar “aquello que merece ser visto”, y esto para Caimo no podía ser otra cosa que el arte que se hallaba custodiado en las numerosas iglesias y conventos diseminados por la ciudad. Era la Salamanca de 1755 una ciudad que conservaba aún una notable presencia del clero en su vida municipal. Gracias al catastro realizado precisamente a mediados del siglo XVIII por orden del ministro de Hacienda, marqués de la Ensenada, sabemos que la ciudad contaba con cuarenta conventos a los que estaban vinculados (entre religiosos y

religiosas, criados, criadas y estudiantes) casi mil seiscientas personas⁴. Caimo tenía, pues, muchas iglesias que visitar y muchos cuadros que contemplar. Como ya dijimos la pasión por la pintura era uno de los motivos principales que condujeron al viajero italiano a España, y en este ámbito es sin duda donde demuestra un mayor conocimiento y preparación. Como él mismo cuenta, de la universidad pasó a la iglesia de San Esteban, posteriormente a Nuestra Señora de la Victoria, a la Clerecía, al convento de las caballeras de Santiago (es decir, el convento de Santa Ana, que desapareció en el siglo XIX para construir la cárcel, hoy también desaparecida, junto a la Gran Vía), a los Capuchinos, a la Purísima y, finalmente, a la Catedral.

Pasé de la universidad a la iglesia de San Esteban, de los dominicos, cuyo pórtico y el vestíbulo están adornados de obras muy hermosas de Juan Antonio Ceroni, excelente escultor milanés que se señaló en el Escorial. Allí destaca sobre todo el San Esteban lapidado, que es un altorrelieve muy suelto, en el que hay mucha expresión. El retablo del altar mayor y los dos que están a los lados son una bella obra de madera dorada, en lo alto del cual está el martirio de San Esteban, comenzado por Claudio Coello, en el gusto de Aníbal Carraccio, y acabado por Lucas Jordán. La bella y majestuosa pintura, que llega desde el coro hasta Cabo Veda, es estimada sobre todo por la belleza de colorido; es del hábil Palomino Velasco. Se admiran en el convento diversas obras de pinturas que son muy hermosas, son de la mano de un dominico llamado Juan Bautista Mayno, milanés, tal como los frailes me lo han asegurado; pero una sobre todo es muy estimada, el Santo Domingo penitente, de la primera capilla del noviciado; en efecto, es un cuadro de mano maestra y en el que reina mucho gusto. Hay en ese convento doscientos religiosos, casi todos doctores de Salamanca, y lo que es más, siempre armados con todas las armas de la didáctica y dispuestos a venir a las manos, aunque fuera con los gigantes más temibles de la escuela de Escoto.

Nuestra Señora de la Victoria es un monasterio fundado en el año 1512 por Francisco Valdés; tiene treinta y seis religiosos jerónimos, por lo que he sido acogido con toda suerte de atenciones y de cordialidad. Treinta son estudiantes, todos en estado de sostener vigorosamente una argumentación sobre cualquier materia que sea, desde el alfa hasta la omega, sin cansarse, sabiendo muy bien todos definir, dividir, distinguir y hacer los silogismos sobre la sustancia y los accidentes, sobre lo que existe realmente y lo que no es más que ente de razón, sobre lo que es unívoco o análogo, sobre la materia y sobre la forma, sobre la potencialidad, la transmutabilidad, la composibilidad, la resolubilidad, etcétera. Los profesores de teología se sirven de Donet y se ahorran con eso el trabajo de componer ellos mismos sus cuadernos, pero por lo menos, ¿dan buenas explicaciones de ellos y de la manera de hacerlos útiles? Eso es lo que yo me dije y que no sabría decir; por lo demás, hablando con algunos que me parecieron más inteligentes, no he

4 Sobre este tema se puede consultar el trabajo de RODRÍGUEZ, Ángel. "La articulación del territorio salmantino en la Edad Moderna". En *Historia de Salamanca*. Salamanca: Centro de Estudios Salmantinos, 1997-2001, tomo III.

podido disimularles que los antiguos cenobitas entendían mejor el hacer cestos que los modernos estudiar a Donet.

La iglesia de los jesuitas tiene la ventaja de ser más rica y más adornada que todas las demás de la ciudad. Lo que suele ser corriente en las iglesias de esos padres; es de orden dórico. Uno de sus hermanos laicos llamado Juan Matos ha dado su dibujo, que es magnífico. La cúpula es bonita, el pórtico soberbio, hay, sin embargo, allí algunos defectos en la arquitectura, desde el primer orden hasta lo más alto, por no haber sido dirigida por la mano de Matos. El contorno de la iglesia y del convento está apretado por las casas vecinas, que algunas partes, cubiertas por ellas, carecen de golpe de vista, que no puede ser alcanzado. Del mismo modo, en España los jesuitas encuentran obstáculos para su engrandecimiento. El claustro de ese colegio es de una construcción noble y adornado de muy buenos cuadros de la mano de Sebastián Conca, que representan la historia de la vida de San Ignacio, excepto el pasaje de su herida en el sitio de Pamplona, que es una obra mala de un fraile de la Compañía.

Los amigos quisieron hacerme ver a las religiosas llamadas caballeras de Santiago; son en número de trece; llevan un velo como las demás religiosas; su hábito es negro, con una larga cola; tiene mucha gracia; sobre su hábito está cosida la cruz de su orden, a la que, en los días de gala, unen una más rica y de piedras preciosas, según sus medios. Cuando van a alguna procesión en la ciudad, llevan una capa blanca, cuya cola arrastra mucho más que de ordinario y no debe tener menos de tres varas; es la costumbre de las religiosas de España, en la idea de dar a su gravedad un aire más majestuoso.

He entrado en la celda de la comendadora, la he hallado jugando a la sombra con algunas de las religiosas, pero dejó su juego para recibirme con esas maneras obsequiosas con que reciben a los extranjeros. Su conversación versó sobre asuntos de devoción, que fueron de su parte en tanta abundancia como los refrescos y las confituras, etcétera, con que me obsequiaron, dio orden de que me hicieran ver toda la casa y la iglesia, que nada tiene de distinguido si no es el estar habitada por las señoras más nobles y más afables de toda Europa.

He visto en la iglesia de los capuchinos el cuadro del altar mayor, que es una gloria con un número de santos. Es un asunto en el que hay muchas ideas; está ejecutado acertadamente, su dibujo es natural, así como el colorido. Es de Vicente Carducho. Se ve en la iglesia de los clérigos menores un San Carlos entre los Apóstoles, que es de Francisco Camilo. Es un gran cuadro, muy expresivo, de un buen colorido, lleno de rasgos en los que la fuerza de los afectos pone movimiento. Hay también del mismo dos cuadritos muy lindos en la sacristía; el uno es del Martirio de Santa Inés, el otro es su alma que sube al cielo. Los agustinos reformados tienen, en el altar mayor de su iglesia, una Concepción que es una de las buenas obras de Rivera. Esa iglesia es de una arquitectura noble.

He reservado el ver la catedral en último lugar. Es bella y bien construida en el gusto gótico; tiene diversas esculturas en madera de bastante poco valor, las mejores son la Asunción de la Virgen, en el altar mayor, y los cuatro Doctores; hay, además, muchas otras figuras de santos, cuya inútil multitud produce confusión. Es costumbre de España cargar lo más que pueden las paredes de las iglesias y los altares de santos, de ángeles, de flores, de milagros, de exvotos y de mil

figuras en esculturas o en pinturas, en alto o en bajo relieve, y poner crucifijos, unos encima de otros; he visto algunos al pie de los cuales sujetaban huevos de avestruz y otras semejantes bagatelas. Hay en la iglesia dos estatuas muy buenas, una de Santa Ana y una de San Juan Bautista, que son de Juan de Juni, así como un Descendimiento de la Cruz en el claustro de la antigua iglesia. Este claustro está también decorado de bellas pinturas de la mano de Fernando Gallegos; entre otras, de una Santísima Virgen con el Niño Jesús entre sus brazos y a sus lados San Andrés y San Cristóbal; aunque hayan perdido mucho por la humedad del lugar, que las ha estropeado mucho, se sigue reconociendo en ellas la habilidad del maestro; se descubre también allí una pincelada cuidada, una manera graciosa, acabada y completamente parecida a la de Alberto Durero. Conservan también en esta ciudad otras obras del mismo autor.

Una vez explorados los tesoros artísticos que guardaba la ciudad, y que, como hemos visto, Caimo evalúa con una gran independencia de juicio y el ojo experto de un especialista en la materia, llegó el momento de continuar su viaje. Pero una inesperada invitación a asistir a una tesis de teología en la universidad retrasará su partida. Este acontecimiento es uno de los pasajes más interesantes del relato de Norberto Caimo, al formular una certera crítica sobre el estado de prostración en el que se encontraban los estudios universitarios en Salamanca y diagnosticar las causas que los habían conducido a ese estado de decadencia en un periodo en el que en buena parte de las naciones europeas se encontraban en ebullición las ideas reformistas. Sería precisamente el pertinaz anquilosamiento en las angostas márgenes de una rancia cultura escolástica y una desvirtuada filosofía aristotélica (con sus ridículas lógicas del silogismo y la deducción) el obstáculo que impedía la autonomía de las ciencias y del conocimiento libre y racional. En definitiva, era la Universidad de Salamanca a mediados del siglo XVIII, tal y como nos la describe el viajero italiano, la suma expresión del *ergotismo* y la pedantería, con un pensamiento filosófico sometido todavía a la hegemonía de la teología.

Una universidad en la que se continuaba enseñando el sistema de Ptolomeo y se criticaba el de Copérnico, se desconocía casi completamente a Descartes y donde un profesor de la universidad e ilustre escritor salmantino contemporáneo de Caimo, Diego de Torres y Villarroel, confesaba que nunca había oído nombrar las matemáticas durante la carrera. Todavía en 1771, cuando el gobierno del reformador Carlos III presionó a las universidades españolas para que se preocuparan por la enseñanza de las ciencias exactas y la física, en otras palabras, para que se modernizaran, la de Salamanca respondió (y así se recoge en el Memorial ministerial del marqués de la Ensenada) que “Nada enseña Newton para hacer buenos lógicos o metafísicos, y Gassendi y Descartes no van tan acordes como Aristóteles con la verdad revelada”⁵.

5 Sobre el pensamiento filosófico que imperaba en la Universidad de Salamanca en el siglo XVIII, se puede consultar el capítulo XVI de la obra de MENÉNDEZ BAJARANO, Mario. *Historia de la filosofía en España*. Madrid: Renacimiento, 1927, pp. 327-377.

No es extraño, pues, que Caimo recurriera a la ironía y el sarcasmo al describir la defensa de la tesis que acababa de presenciar.

La graciosa invitación que he recibido para una tesis pública de teología me ha obligado a hacer aquí, para asistir a ella, una más larga residencia de lo que me había propuesto. Llegado el día, me encontré en la reunión, que era muy numerosa, y tuve el distinguido honor de estar colocado entre los sabios más graves y más bárbaros de la universidad. Para daros una idea de la manera de argumentar y de la fuerza con que lo hacen, os diré solamente que se siente el aire agitado, las paredes estremecerse y todos los muebles temblar al ruido de los repetidos truenos de una multitud inagotable de ergos, cuyas descargas se siguen sin interrupción.

Después del gran acto vienen los elogios de los que han sostenido la disputa, y comprenderéis que me fue necesario aplaudir como los demás. Esa tesis estaba dedicada a Nuestra Señora de la Merced. He aquí los títulos que daban en una hoja impresa: “¡Oh maravilla soberana, divina, eterna, incomparable de gracias, prodigio eterno de los habitantes de los cielos, revestida del sol, colocado sobre la luna, que lleva la luz y la claridad de Dios, carro maravilloso del eterno salomón dorado de la claridad del sol; en una palabra, a la Santa Virgen María, bajo el título conocido de Nuestra Señora de Rayces!”.

La dedicatoria no es menos singular y risible; el latín, es del estilo más bárbaro, el más detestable y el más estúpido que jamás pueda verse. Es un conjunto de frases ridículas e insípidas entrelazadas a diestro y siniestro de textos de la Escritura y de los Santos Padres, amontonados sin orden ni medida, una mezcla extraña de palabras españolas y árabes latinizadas y colocadas revueltas. Así hablan el latín en Salamanca. ¿Qué será donde no haya universidad?

Que los españoles no se quejen, pues, tanto de los extranjeros, y sobre todo de los franceses, si los maltratan tanto con relación a sus estudios, puesto que lo hacen con tanto fundamento. Los mismos de su país que son razonables no pueden evitar el censurar los defectos en que incurren al escribir o hablar en latín y se indignan de que no se vea florecer a Antonio Lebrija, Palmirano, Pinciano, Vives, Sepúlveda, Villegas, porque abandonan en absoluto a Plauto, Terencio, Cicerón, César, Salustio, Tito Livio, etcétera; se atienen únicamente a Tertuliano, a San Cipriano, a San Jerónimo, a San Ambrosio, a San Agustín, que son en realidad maestros nuestros en cuanto a piedad y a moral cristianas, pero en modo alguno para enseñarnos la lengua; además, si todos los defectos de las escuelas de Salamanca y de todas las demás de España no estuvieran en la latinidad, serían quizá más tolerables, porque, después de todo, no se trataría más que de una lengua y de una manera de expresarse y podría ser muy sabio sin poseerlas; pero el gran daño está en la manera de pensar; tiene como principio el que para perfeccionar la inteligencia humana es necesario agudizarla, sutilizarla, pero eso teniendo por máxima al mismo tiempo el evitar el exceso; llevan tan lejos la sutileza que enervan toda la fuerza de su juicio y lo hacen incapaz de pensar sanamente, poco más o menos, como esos artistas que por querer hacer sueltas las diferentes piezas que deben componer una máquina, cuando se trata de reunir las estropean toda la máquina y

la hacen pedazos. Emplean todos sus esfuerzos en forjarse ideas arbitrarias, ideas en el aire, reflexiones sin objeto real, alejándose siempre de la razón natural, de la que no hacen sino alterar su pureza al querer refinarla y hacerla más sutil; de ahí viene el que los razonamientos que forman vayan a parar a menudo a puros paralogismos y se terminen siempre en vanas y fastidiosas especulaciones, que no sirven más que para confundir las materias y hacer su inteligencia más difícil y más oscura.

Ciertamente que estas pobres gentes dan pena, y si me fuera permitido subir a su cátedra y hablarles con libertad, podría hacerles una buena arenga sobre ese asunto; pero no podría obtener otro fruto sino aburrirlos y aburrirle también a usted al describirlo. Por eso es por lo que acabo, asegurándoos que soy, etcétera.

En Salamanca, el 30 de octubre de 1755

Por la fecha con la que Caimo se despide en su carta, su marcha de Salamanca se debió producir el 30 o quizá 31 de octubre de aquel año de 1755. En cualquier caso, pocas horas antes de que el devastador terremoto de Lisboa, que tuvo lugar el 1 de noviembre, sacudiera también la capital charra y algunos de sus edificios sufrieran importantes daños.

De las páginas que Norberto Caimo ha dejado sobre su visita a Salamanca es posible extraer dos reflexiones esenciales. En primer lugar, que la visión que nos transmite puede ser crítica e incluso sarcástica cuando la realidad que contempla le parece censurable, como la enseñanza en la universidad; o puede ser elogiosa si así le parece oportuno como su juicio sobre la Plaza Mayor; pero lo que caracteriza verdaderamente la mirada de Caimo es la independencia intelectual a la hora de juzgar lo que ve de acuerdo con su sensibilidad (y su moralidad) ilustrada y plasmarlo luego en la escritura siguiendo el principio del *dolcere delectando*.

Y en segundo lugar, que toda la literatura de viajes que en la segunda mitad del siglo XVIII se ocupó de una por entonces desconocida España fue de hecho, como afirma Crespo Delgado, un camino de acercamiento desde una Europa en exceso lejana, convirtiéndose en uno de los privilegiados escenarios en que la ilustración continental debatió y reflexionó sobre nuestro estado e identidad⁶. Y las páginas que Norberto Caimo dedicó a Salamanca son un magnífico ejemplo.

6 CRESPO DELGADO, Daniel. *op. cit.*, p. 270.